

# La verdadera Revolución Verde

## Cierto que la tecnología limpia creará empleos.

POR RANA FOROCHAR



NO HAY SOLUCIÓN MÁS en boga para la actual recesión que los “empleos verdes”. El presidente Obama, el británico Gordon Brown, el mandatario francés Nicolas Sarkozy y el chino Hu

Jintao promueven las industrias de tecnología limpia, como la energía eólica y solar, o el reciclado de juncias para producir combustible. Parece una receta infalible para el éxito, pues creará trabajos, reducirá la dependencia energética y salvará al planeta del calentamiento global. Desde que estalló la recesión, gobiernos, grupos ambientalistas y hasta sindicatos han generado numerosos informes sobre la cantidad de empleos que podrían abrir estas nuevas industrias, con cálculos que oscilan entre decenas de miles hasta millones.

Sin embargo, esas predicciones pecan de optimistas. Como demuestra un nuevo estudio McKinsey, la industria de la energía limpia no tiene mucho en común con las industrias manufactureras convencionales que hacen uso intensivo de mano de obra, como la del acero y la automotriz. De hecho, una comparación más adecuada sería la industria de los semiconductores que, según decían, iba a crear una explosión de plazas de alta tecnología aunque, en la actualidad, utiliza principalmente robots. Los trabajadores de las industrias verdes representan hoy día apenas 0.6 de la fuerza de trabajo estadounidense y McKinsey concluye que, en los años venideros, la energía limpia no hará una demanda mucho mayor del mercado laboral. “En esencia, estas industrias ‘limpias’ son demasiado pequeñas para crear los millones de empleos que se necesitan de inmediato”, sentencia James Manyica, un directivo del Instituto Global McKinsey.

Por otro lado, un pujante sector verde podría fomentar el crecimiento de empleo en otras industrias. Pero también en este caso es

útil reconsiderar el ejemplo de los chips para computadoras. En la actualidad, los grandes fabricantes como Intel dan empleo a 0.4 por ciento de la fuerza de trabajo estadounidense —disminución con respecto del nivel de 0.6 por ciento alcanzado en el año 2000. No obstante, de manera indirecta, han contribuido a crear millones de plazas haciendo que otras industrias se vuelvan más eficientes: durante la década de 1990, las nuevas tecnologías basadas en semiconductores avanzados ayudaron a empresas a lograr colosales ganancias en productividad y eficacia laboral, mientras que las compañías detallistas, manufactureras y de otras áreas se volvieron más rápidas y fuertes.

McKinsey y otros analistas consideran que el mismo proceso podría repetirse en la actualidad si los gobiernos se enfocaran menos en construir una “economía verde” (y hicieran mayor énfasis en “verdecer” los demás elementos de la economía existente). Por ejemplo, los esfuerzos estadounidenses para promover el uso de etanol de maíz y los gigantescos subsidios alemanes para la industria solar son pasmosamente contraproducentes pues, en ambos casos, el Estado está creando sectores “inflados” e ineficaces, con empleos que difícilmente pueden considerarse perdurables.

Una mejor alternativa sería presionar a empresas y consumidores para que cumplan con los requisitos básicos, como mejorar el aislamiento de los edificios y reemplazar equipos de calefacción y enfriamiento obsoletos. En lugares como California, 30 por ciento de la carga energética estival se pierde en los aparatos de aire acondicionado, de modo que el Estado está ofreciendo préstamos de bajo interés a los consumidores que estén dispuestos a cambiar sus anticuadas unidades con equipos más eficientes. Los consumidores pagan el

préstamo en sus impuestos y se embolsan los ahorros en energía; luego, al gastar ese dinero, aumentan la demanda y promueven el crecimiento de empleos en otras áreas.

Los ahorros energéticos y la eficiencia que logran las compañías conducen a una mayor creación de empleos directos. No es casualidad que Walmart, empresa que busca ahorrar todo lo posible, sea una de las contadas organizaciones estadounidenses que han mantenido un crecimiento sólido durante la recesión. En 2008, cuando el petróleo alcanzó el nivel de 148 dólares por barril, Walmart insistió en que mil de sus principales proveedores chinos remodelaran sus fábricas y productos, mejoraran sus estándares ambientales e implementaran acciones como reducir materiales de embalaje (que a su vez, abaratan los embarques). De esa manera, en 2009 Walmart creó 22 mil plazas de trabajo sólo en Estados Unidos.

Las implicaciones políticas son evidentes: los gobiernos no deben seguir apostando a una tecnología verde particular y sí abrirse a más posibilidades. Como demuestra el informe McKinsey, los países no se vuelven más competitivos modificando su “mezcla” de industrias, sino superando a la compe-

tencia en cada sector individual. Y la industria verde puede formar parte de esa competencia. Por ejemplo, es concebible que Estados Unidos exporte mucho más a Europa si sus estándares ambientales para diversos productos fueran lo suficientemente elevados para cumplir con los reglamentos europeos. La protección del ambiente suele ser

caracterizada como un argumento político que socava la competitividad de las empresas estadounidenses cuando, de hecho, el crecimiento y la futura generación de empleos dependen de ella.

**No es casualidad que Walmart, una empresa que busca ahorrar en todo lo posible, haya mantenido un sólido crecimiento.**